

Ciudadanía, historiadores e Historia: ¿todavía a vueltas con el término Reconquista?

Citizenship, historians and History: still at odds with the term Reconquista?

Esther Pascua Echegaray

Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA)

Resumen

Este artículo vuelve al debate sobre la palabra Reconquista partiendo de la idea de que hay que tener en cuenta los distintos espacios productores de significados —investigación, docencia, política y ciudadanía—. Desde esta perspectiva, el artículo considera que el medievalismo está en condiciones de abrirse a un debate en torno a tres ejes: cómo interpela a los medievalistas la dimensión ideológica y religiosa de la palabra, qué Edad Media refleja el empleo de la lente reconquistadora y qué uso se puede hacer del término para profundizar en el diálogo con una ciudadanía necesitada de mayores competencias críticas ante la cambiante realidad. El debate no puede seguir estando entre desecharlo o emplearlo, sino en utilizarlo en la enseñanza, investigación y divulgación con el sano propósito de deconstruirlo.

Palabras clave: Reconquista, nacionalcatolicismo, Edad Media, deconstrucción de conceptos, Historia Pública.

Abstract

This text takes up the debate on the word Reconquista again, on the basis that it is necessary to take into account the different meaning-producing spaces —research, teaching, politics and citizenship—. From this perspective, the article considers that medievalism is in a position to open up a debate around three axes: how the ideological and religious dimension of the word challenges medievalists, what Middle Ages the use of the term refers to, and what use can be made of the expression to deepen the dialogue with a citizenry in need of greater critical skills in the face of the changing reality. The debate can no longer be between discarding it or using it, but rather using it in teaching, research and dissemination with the healthy purpose of deconstructing it.

Keywords: Reconquista, national Catholicism, Middle Ages, deconstruction of concepts, Public History.

La Historia pública y las palabras

La Historia no es mera opinión. Es un conocimiento que conlleva un método, una forma de hacer, unas convenciones. Esto implica variadas operaciones intelectuales de selección de material bibliográfico, recogida de datos, constatación de fuentes, identificación de las posiciones de otros autores —primarios y secundarios—, validación de hechos, elaboración de hipótesis, integración de ambos en estructuras narrativas e identificación de temas no explorados. Ninguno de estos pasos es mecánico, pues todos enfrentan al investigador con un amplio espectro de dilemas y opciones. Sin embargo, lo más difícil es aprender a hacer preguntas de naturaleza histórica; es decir, desarrollar una sensibilidad sobre la paradoja que es trabajar con sociedades que vivieron en un tiempo distinto y, a la vez, similar al presente.

Esta sensibilidad implica identificar lo que es específico de una época, el lenguaje y los conceptos con los que nombrar aquellas realidades, entender lo que permanece y lo que cambia y reflexionar críticamente sobre los elementos interpretativos y explicativos que empleamos. Como consecuencia de todo esto, el estudio del pasado necesariamente produce distintos relatos, historias o historiografías, que dialogan —o se ignoran— en el mundo académico especializado y que van construyendo diferentes representaciones que cambian en el tiempo.

Hay otro ámbito en el que se producen relatos históricos: el de la ciudadanía. El imaginario del público no especializado está alimentado por diversas fuentes: la enseñanza primaria y secundaria, los medios de comunicación, la memoria individual y colectiva, los monumentos y conmemoraciones locales y nacionales, los productos culturales (literatura, teatro, cine, video-

juegos, cómic...) y los debates sociales y políticos^[1]. Los ciudadanos, como los estudiantes, sean conscientes o no de ello, tienen sus propios referentes sobre el pasado, derivados de combinaciones difusas de todas estas fuentes^[2].

La relación entre estas esferas de producción de narrativas históricas, la experta y la pública, no es fluida. La conexión entre ellas suele darse cuando el investigador es consultado sobre un tema candente en la opinión pública para aclarar la situación de forma objetiva; para ofrecer un análisis informado y riguroso sobre el particular. Esto establece una relación jerárquica entre la autoridad del primero y la pasividad receptora de los segundos ya que historiadores y ciudadanos asumen de alguna manera que el relato experto es neutro.

Sin embargo, el estudio de las comunidades humanas del pasado —como el del presente— implica una indagación sobre asuntos político-sociales que comportan asunciones conceptuales y analíticas individuales y colectivas que emplea el observador sobre aspectos como: el conflicto, la justicia, la violencia, el bien común, la propiedad, la explotación, la salud, las formas de gobierno o el género, entre otros. En el conjunto social, estas elecciones e implícitos se producen, si no de forma idéntica, sí similar, y los ciudadanos tienen imágenes, interpretaciones y explicaciones distintas del pasado —como del presente—, dependiendo de su conocimiento del período, sus vivencias, intereses e intenciones, creencias, ideologías y otros muchos factores.

1.- Michel-Rolph Trouillot, *Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia*, Comares, Madrid, 2017.

2.- Aurora Rivière Gómez, «Las representaciones sociales del pasado: el punto de partida para el desarrollo de competencias críticas y cívicas en los estudiantes. Representaciones sociales de la Guerra de la Independencia española», *Clío: History and History Teaching*, 43 (2017), pp. 124-152.



Portada del videojuego «Field of Glory II: Medieval Reconquista» (Fuente: Slitherine Ltd., editor).

Todo esto es manifiesto en los debates que surgen en los medios de comunicación sobre nuestra historia del siglo XX, pero también sobre el pasado preindustrial (la presencia del islam en la cultura Occidental, la construcción de imperios coloniales como el español, británico o francés, los procesos de independencia de las colonias, la Leyenda Negra, el esclavismo...). Estos temas reflejan controversias historiográficas, pero también participan en ellos políticos, escritores, artistas, divulgadores, organizaciones de la sociedad civil, administradores de políticas públicas, etc. Fruto de estos complejos contextos, algunos términos que emplean las Ciencias Sociales desbordan el ámbito de lo académico y saltan a la arena pública, convirtiéndose en moneda de uso corriente^[3]. Desde ese momento, estas palabras no quedan bajo la tutela de los inves-

tigadores, hecho crucial que éstos deberían tener en cuenta a la hora de desempeñar su labor.

Las implicaciones de una palabra

El término Reconquista, que tan directamente identifica la historia medieval de la península ibérica, es uno de esos vocablos controvertidos y relevantes en la construcción de la identidad española. Fue una palabra fundamental para situar en la Edad Media los orígenes del estado nacional durante el siglo XIX, legitimar los discursos patrióticos y religiosos durante el franquismo y ha resucitado en los debates políticos contemporáneos. Paradójicamente, este no es un concepto científico que pasara del ámbito académico a la arena política y social, porque ni la palabra, ni la idea nacieron en el laboratorio del historiador, sino que se gestaron en esferas religiosas y políticas desde su origen. Este es uno de los muchos factores que hace más complejo desentrañar sus significados e implicaciones.

3.- Pablo Sánchez León, «El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado», en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp.115-151.

La palabra Reconquista designa tradicionalmente un largo proceso histórico que duró desde el siglo VIII al XV en la península ibérica y, a la vez, un discurso ideológico que informó dicho proceso. El término, una voz ambigua y descriptiva con una débil capacidad heurística y hermenéutica, lleva adherido un conjunto de asunciones sobre la Edad Media que se hacen más polémicas porque implican nociones generales sobre el modelo de sociedad que para distintos sectores sociales singularizó a España en el pasado —y en el presente—^[4].

Estas connotaciones originadas en la historiografía del siglo XIX y que se han perpetuado hasta el final de la dictadura franquista, intentaban identificar los rasgos que encarnan el carácter español: la finisecular lucha del pueblo español en defensa de la religión católica y la Iglesia, la superioridad lingüística del castellano sobre otras lenguas peninsulares, la masculinidad, el valor y la capacidad de sacrificio del pueblo español, la naturaleza invasora, expansionista y guerrera del islam, la misión de Castilla en el mundo o la continuidad entre los reyes visigodos, Pelayo y los Reyes Católicos. Ninguna de estas cuestiones constituye una pregunta histórica o, al menos, ninguna está formulada con un lenguaje que la ciencia histórica actual pueda reconocer y avalar^[5]. Son legítimas, sin ninguna duda, pero interesan al teólogo, al historiógrafo, al demagogo, al psicólogo social o al sociólogo.

Esta aclaración es pertinente por tres razones. Una, porque gran parte del deba-

te historiográfico actual entre medievalistas no percibe —o no le interesa percibir— cuándo su argumentación está dentro del campo disciplinar y cuándo está directamente fuera del mismo. Dos, porque algunos historiadores no identifican —o no les interesa identificar— los efectos que sus trabajos de investigación tienen en la esfera pública. Quienes plantean cuestiones como las antes mencionadas, no están operando en el interior de la disciplina, no están indagando sobre el pasado ateniéndose a las convenciones, métodos, objetivos y preguntas de la Historia. Están haciendo otra cosa, que puede relacionarse con la militancia política o religiosa, pero que no es historia del siglo XXI.

En tercer lugar, es pertinente aclarar este punto porque gran parte del público interesado por el pasado no ha recibido durante su formación escolar y universitaria las herramientas intelectuales críticas para distinguir qué parte de las publicaciones de historia que lee responde al discurso historiográfico que de forma transparente y legítima exhibe un historiador y qué parte lo hace a las asunciones implícitas, convicciones y agendas político-ideológicas de este o de las organizaciones a las que pertenece. La distinción es problemática y difícil de percibir incluso para el experto, particularmente en una cultura histórica como la española que, a diferencia de la europea, tiene poco clara esta sutil distinción y que genera tanto ruido en los debates nacionales sobre el pasado y el presente.

Una de las principales competencias del historiador es reconocer la singularidad de los procesos históricos. Al poner los fenómenos y los hechos en contexto, el investigador identifica lo que una época tiene de específico y evita los frecuentes espejismos que nos hacen creer que la historia y los movimientos artísticos se repiten de forma cíclica e idéntica; que los discursos se crean

4.- Martín F. Ríos Saloma, «La Reconquista: génesis de un mito historiográfico», *Historia y Grafía*, 30 (2008), pp. 191-245.

5.- Kenneth Baxter Wolf denomina esta tendencia, con ironía y extrañeza, el «hechizo de la historiografía española» por esa búsqueda patológica de la identidad nacional. Véase Kenneth Baxter Wolf, «La conquista islámica», *Revista de Libros*, 9 de junio del 2014, consulta en línea.

en un momento concreto y se perpetúan inmutables en el tiempo; o que la historia anticipa el futuro^[6]. Sin duda, la excesiva historización hace más difícil formular teorías, pero su valor reside en mostrar que no sólo aprendemos de los fenómenos sociales por la frecuencia de sus repeticiones, sino también por la radical idiosincrasia de sus peculiaridades.

La ventaja de poner los acontecimientos en contextos es impedirnos caer en narrativas esencialistas, como las que caracterizan las cuestiones que se han enumerado más arriba y como las que caracterizan a la palabra Reconquista. Al pensar históricamente evitamos la tentación de buscar en el pasado entidades, palabras, discursos, identidades o grupos sociales constituidos y perdurables en el tiempo. Por el contrario, cuando se naturalizan los fenómenos históricos se hace prescindible la explicación del cambio y la Iglesia ha sido siempre la Iglesia o España ha sido siempre España. No es casualidad que este formato argumental es más fácil de elaborar por el emisor, de consumir por el receptor y, por tanto, de poner en circulación por políticos y medios de comunicación en el intento de fabricar productos intelectuales y mensajes elementales, sean enemigos personificados en un colectivo social o identidades nacionales unitarias e inmutables. Este tipo de reflexiones son pertinentes para que la ciudadanía piense nuestra historia reciente y nuestros pasados remotos.

Desde inicios del siglo XXI, la historiografía medieval y contemporánea ha producido una sólida investigación sobre la palabra Reconquista, explorando la aparición del término, sus usos y las adscripciones políticas de quienes lo defienden o lo

denuestan^[7]. La palabra, que tan rotundamente marca la realidad medieval, no fue un término empleado en la Edad Media. La noción combinó bien, sin embargo, con el conjunto de ideas y términos que acompañaban la narrativa del desarrollo del imperio español que hizo la cronística católica de los siglos XVI y XVII que empleó la palabra restauración para describir la expansión territorial hispana continuada en América con su sesgo evangelizador, civilizatorio, ecuménico e integrador de culturas.

En el siglo XIX, la palabra Reconquista comenzó a circular de la mano de la invasión napoleónica y se adoptó con gusto tanto por el romanticismo conservador, como por la corriente liberal laica moderada^[8]. Su curso legal se produjo, hacia 1870, por la burguesía monárquica, ligada al proyecto de la Restauración borbónica, para distinguir su nuevo programa político de aquella remota historia de los siglos medievales a los que había que asignar otra nomenclatura. Ayudó a la difusión del vocablo su empleo en la *Historia general de España* de Modesto Lafuente (1850-1858), en manuales de primaria y secundaria, y el avance en la institucionalización de las universidades, las academias de historia y los archivos históricos^[9].

La ideología nacionalcatólica permeó, en gran medida, el lenguaje y la cultura histórica de, prácticamente, todo el espectro ideológico español del XIX y el primer tercio del XX. Esta historiografía naciona-

6.- Antoine Prost, *Doce lecciones sobre Historia*, Granada, Comares, 2016, pp. 61-78.

7.- Gran parte de la obra de Martín F. Ríos Saloma se ha dedicado a este tema. Entre otras publicaciones: *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid, Sílex, 2013.

8.- José Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 383-431.

9.- Martín F. Ríos Saloma, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Madrid-México, Marcial Pons-UNAM, 2011, pp. 325-336; Alessandro Vanoli, «L'invenzione della Reconquista. Note sulla storia di una parola», *Reti Medievali Rivista*, IX/1 (2008), pp. 1-13.



Don Pelayo en Covadonga, obra de Luis de Madrazo (1855) (Fuente: Museo del Prado).

lista empleaba un estilo ampuloso, patriótico, hagiográfico y nacionalista que respondía a una concepción providencialista y teleológica de la historia. Se argumentaba en términos filosófico-morales sobre ente-

lequias, como la esencia de la Hispanidad, el destino de la nación, la promoción de los valores nacionales y la recuperación de momentos áureos e imperiales. Estos textos producen extrañeza y sorpresa al lector

actual al encontrarse en ellos tanta inspiración literaria, juicios de valor, posicionamientos ideológicos y religiosos y consideraciones subjetivas sobre la patria.

La Edad Media fue un referente emblemático para la producción historiográfica del siglo XIX y, por tanto, ha sufrido todos los inconvenientes que supuso ser una época pensada desde unas concepciones antropológicas y jurídicas propias del liberalismo decimonónico. En el contexto tumultuoso de la centuria, el deseo de crear un imaginario político compartido evocó una España como nación en pie de guerra contra el islam, en defensa de los valores del catolicismo con la figura de un líder a su cabeza, Pelayo y una batalla fundacional, Covadonga^[10]. La palabra simplificadora de dicha idea, Reconquista, nació cargada de adherencias semánticas anacrónicas que responden a un conjunto de relatos mistificadores que definen la nación y «lo español», antes de la existencia de España, y que invisibilizan muchas realidades de la sociedad medieval peninsular.

La idea tuvo un peculiar calado entre historiadores y filólogos fundacionales de la disciplina. La palabra Reconquista quedó para designar el proceso de recuperación territorial que protagonizaron los reductos de resistencia cristianos del norte desde el año 718, en pugna contra el islam, que había derrotado al antiguo reino cristiano visigodo, y que finalizó con la conquista de Granada de 1492. El hecho de que el término no se encontrara en la documentación medieval no supuso un problema para los historiadores del período, ya que la ideología reconquistadora se perfiló en lo que

se ha conocido como el neogoticismo del ciclo de las crónicas asturianas de Alfonso III de finales del siglo IX, retomado por los grandes cronistas de los siglos XII y XIII y maximizado por la propaganda política del reinado de los Reyes Católicos^[11].

Los puntos centrales de este constructo político-religioso fueron: el núcleo asturiano era heredero directo del reino visigodo, la pérdida de Hispania se produjo a manos del islam invasor, y la misión de los reyes cristianos era recuperar dichos territorios y restaurar el dominio de la Iglesia en ellos. Para los pensadores del XIX, el prefijo «re» en la palabra conquista y en la palabra población representaba bien una ideología monástica y regia que legitimaba una guerra de expansión como justa y santa y que insinuaba que no era una conquista de nuevo cuño, sino una recuperación de lo «nuestro».

La historiografía de los dos primeros tercios del siglo XX concibió el fenómeno como un hecho diferenciador de la sociedad, la economía y la política hispana con respecto al resto del continente europeo, convirtiéndolo, pues, en un factor fundamental de la interpretación del pasado medieval peninsular^[12]. De manera que se argumentaba que, debido a su condición de frontera, en la península ibérica se había constituido una sociedad horizontal de campesinos libres, una economía marcada por el botín, unas instituciones organizadas para la guerra, una cultura caracterizada por el enfrentamiento de dos religiones y el reconocimiento político de

10.- La basílica de Covadonga se construyó entre 1877 y 1901; y el primer parque nacional de España fue el Parque de la montaña de Covadonga, constituido en el año 1918, lo que revela los referentes del nacionalismo católico de la época. Xosé Manoel Núñez Seixas, *Suspiros de España. El nacionalismo español, 1808-2018*, Barcelona, Crítica, 2018.

11.- Francisco García Fitz, *La Reconquista*, Granada, Universidad de Granada, 2010, pp. 11-56.

12.- Martín Ríos Saloma, «La Reconquista desde el exilio. En torno a la obra de Claudio Sánchez Albornoz», en Carlos de Ayala Martínez, Isabel Cristina Ferreira Fernández y Santiago Palacios Ontalva (coords.), *La Reconquista. Ideología y justificación de la guerra santa peninsular*, Madrid, Ediciones La Ergástula, 2019, pp. 343-363. Véase p. 357.

unos concejos cuasi-autónomos que habían compartido liderazgo político con el rey y la nobleza. Los rasgos feudales de esta sociedad, siempre incompletos, se desarrollarían tardíamente y se atribuirían a influencias externas llegadas del norte de los Pirineos.

Todos estos planteamientos han sido revisados, matizados o desestimados por la historiografía actual de la Edad Media, pero el debate sobre el uso de la palabra persiste.

Ciertamente, que el término no tenga origen medieval, si bien relevante, no agota el tema de la conveniencia de su uso actual. La inexistencia de un vocablo en una época no significa que sus contemporáneos no tuvieran una idea que respondiera a una realidad similar. Podían no denominar Reconquista al fenómeno de recuperación del territorio cristiano arrebatado por los musulmanes, pero calificarla con un sinónimo o una locución de varias palabras^[13].

En contra, se argumenta que el término Reconquista responde exclusivamente a la idea que el siglo XIX se hizo de la Edad Media hispana, como ocurre con tantos otros conceptos como el de familia, estado, derecho o propiedad y que, por tanto, la imagen que tenemos del proceso histórico de la Reconquista y del discurso ideológico que la sostuvo no existió nunca realmente en

la Edad Media. A ello se añadió el empleo propagandístico y manipulador que hizo el franquismo de la misma. Esta consideración desaconsejaría el uso de un término profundamente ahistórico.

Todas estas ambigüedades —que la Reconquista alude a un proceso social y a un discurso legitimador, que la palabra no se empleara en la Edad Media o pueda responder a nociones decimonónicas—, han determinado gran parte de los argumentos de la historiografía en una disputa que todavía circula en torno al dilema de si usar o desterrar el uso del término. El debate sería más rico si se planteara en torno a tres ejes: cómo interpela a los medievalistas la dimensión político-ideológica de la palabra, cuál es el retrato de la Edad Media que se obtiene cuando se enfoca desde el concepto de Reconquista y qué uso se puede hacer del término en la enseñanza secundaria y universitaria en el contexto político y social plural actual.

Las palabras tienen historia

El término Reconquista tuvo una vida discreta hasta que tuvieron lugar dos de los hechos más traumáticos del siglo: tres años de guerra civil y cuarenta años de dictadura franquista y de hegemonía cultural de la Iglesia Católica. El estado resultante, centralista, autoritario, confesional, nacionalista y tradicionalista trajo consigo un rotundo programa de legitimación del golpe militar, de la guerra, de la represión y del régimen que, pese a su pobre nivel de elaboración, tuvo un decisivo impacto en la historia reciente y en la cultura española.

El programa del Nuevo Estado ha sido descrito y analizado suficientemente por la historiografía del tema pero lo que nos interesa en este punto es que los ideólogos de la España franquista desarrollaron campañas de propaganda para difundir los

13.— Por eso se propuso hace ya una década denominar al proceso de expansión medieval como «restauración», término empleado por los contemporáneos para indicar la *restauratio* de las instituciones políticas y religiosas del reino visigodo de Toledo. Al respecto, Thomas Deswarte, *De la destruction à la restauration. L'ideologie du royaume d'Oviedo-León (VIIIe-XVè siècles)*, Turnhout, 2003. Es interesante recordar que, cuando una época no tiene un término que en el presente sí empleamos para denominar un fenómeno, ese hecho suele responder a que tiene un significado específico que no coincide de forma directa y mecánica con el término que se emplea en la actualidad y que es recomendable explorar su significado. Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1982.

principios del Movimiento Nacional, a una escala desconocida hasta entonces: prensa, educación, censura, noticiarios, radio y la poderosa máquina de propaganda de la Iglesia^[14]. La política educativa y la de investigación rechazaron el racionalismo y la ilustración, subordinaron la ciencia a la religión católica y a los intereses de la patria, y denunciaron los principios de la Junta para la Ampliación de Estudios como antiespañoles y heréticos^[15]. Se procedió a la depuración del profesorado de todos los niveles y al desmantelamiento de las instituciones de investigación, sustituidas por el entonces recién fundado Consejo Superior de Investigaciones Científicas^[16].

Sin reparos heurísticos o hermenéuticos, la propaganda política recurrió a la historia para avalar el presente^[17]. Hasta los años cincuenta, el discurso de este nacionalismo maximalista apeló a la unidad nacional y a la religión católica como rasgos constitutivos de la patria. Su traducción histórica unía sin solución de continuidad, la resistencia hispana frente a Roma, la Reconquista contra el islam, el descubrimien-

to de América, el imperio de Felipe II y la lucha del franquismo por liberar a España de sus enemigos interiores^[18].

La narrativa del pasado ibérico se desgranaba en gestas heroicas militares, hazañas de caudillos y sacrificios del pueblo en defensa de la patria y la religión reutilizando el lenguaje hagiográfico y catequista que destilaban las crónicas desde el siglo XVII. Viriato, el Cid, los Reyes Católicos, acompañados de figuras religiosas como Isidoro de Sevilla o Teresa de Ávila, se convierten en los protagonistas de los libros de texto y de los estrados de las aulas de escuelas y universidades, dando a la gran metáfora de la «empresa nacional» de la Reconquista un lugar en la memoria colectiva^[19].

En 1939, José María Pemán publicaba un manual escolar titulado *Historia de España contada con sencillez*. Además de «con sencillez», el texto había sido concebido como un catecismo de historia que aprovechaba la credulidad y el entusiasmo infantil para abrazar fervorosamente lo que el mismo autor calificó como un «proselitismo tajante»^[20]. No está de más recordar que los discursos históricos de la época se construyeron por intelectuales cercanos al poder e historiadores, no por poblaciones que hacían un uso inapropiado de los términos.

Estos relatos exhiben el tono optimista propio de la propaganda con fines naciona-

14.- Miguel Ángel Giménez Martínez, «El corpus ideológico del franquismo: principios originarios y elementos de renovación», *Estudios Internacionales*, 180 (2015), pp. 11-45, especialmente p. 15.

15.- El nacionalismo reaccionario de Menéndez Pelayo está tras la idea de la anti-España y pone los fundamentos de debates profundamente naturalizadores y nacionalistas que resuenan en parte de la historiografía franquista y hasta el presente. Sobre esta cuestión, Ignacio Peiró Martín, «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en Carlos Forcadell (ed.), *Nacionalismo e Historia*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 1998, pp. 29-51.

16.- Julio Escalona, Cristina Jular e Isabel Alfonso, «El medievalismo, lo medieval y el CSIC en el primer franquismo», en Francisco J. Moreno Martín (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2017, pp. 159-188, especialmente pp. 173-175.

17.- Julián Casanova Ruiz, «El mito de la Cruzada», *Temas para el debate*, 172-Marzo (2009), pp. 52-53.

18.- Martín F. Ríos Saloma, «La reconquista en el primer franquismo: relecturas tras la nueva 'cruzada'», en Francisco J. Moreno Martín (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2017, pp. 137-157.

19.- Francisco J. Moreno Martín, «Gesta Dei per Hispanos. Invención, visualización e imposición del mito de cruzada durante la guerra civil y el primer franquismo», en Carlos de Ayala Martínez, Isabel Cristina Ferreira Fernández y Santiago Palacios Ontalva (coords.), *La Reconquista. Ideología y justificación de la guerra santa peninsular*, Madrid, Ediciones La Ergástula, 2019, pp.483-518.

20.- Julio Escalona, Cristina Jular e Isabel Alfonso, «El medievalismo, lo medieval y el CSIC», p. 183.

listas de quienes predicaban estar construyendo una gran España para todos con el esfuerzo de todos. Sin embargo, los discursos se presentan como descripciones neutras, alejadas de la perniciosa influencia de las ideologías, de las opiniones negativas y generadoras de controversia propias de los enemigos de España, de aquellos que abren antiguas heridas y siembran el desánimo. La vinculación mecánica entre pasado y presente que hizo el régimen no era nueva, pero ideas y principios recogidos de la tradición se difundieron obligatoria e insistentemente por todo el espectro social^[21].

En su acción tenaz de propaganda ideológica sin precedentes, su intervención en las instituciones educativas, el protagonismo de la guerra de Reconquista medieval y la confusión deliberada entre ideología y verdad, al presentar la historia oficial como el reflejo objetivo de la realidad se asentaron algunos rasgos de la cultura cívica española y de la universitaria, que todavía persisten. Cuatro de estos rasgos son: la identificación de la Edad Media con la reconquista, el rechazo de las interpretaciones críticas sobre el pasado nacional como si fueran un ataque al honor patrio, la connotación negativa asociada al disenso en los debates entre historiadores o la dificultad para aceptar que la investigación científica histórica se produce en marcos culturales e ideológicos.

La Transición española puso en cuestión entre los investigadores la palabra Reconquista, como hizo con otras tantas cosas heredadas del franquismo. Sin embargo, esto no fue producto de un debate abierto y profundo que revisara el concepto, sino de un aletargamiento de su presencia. Ciertamente, las críticas directas al concepto las desarrollaron Abilio Barbero y Mar-

celo Vigil en el conjunto de su polémica con Sánchez Albornoz sobre la naturaleza del feudalismo hispano. Herederos de sus planteamientos, nuevas generaciones de historiadores y arqueólogos fueron socavando asunciones infundadas como la del «desierto demográfico del Duero», la «repoblación», el perfil «democrático» de la sociedad rural castellana, los orígenes legendarios del condado de Castilla o el islam como una sociedad ajena a la historia de la península ibérica^[22].

El debate se acalló durante décadas en las que los temas de historia económica, social y cultural avanzaban a buen ritmo. Nuevos investigadores, formados en lenguajes y preguntas históricas renovadas, con estancias investigadoras en departamentos europeos y no reclutados entre los miembros de la iglesia comenzaban a interesarse por otras realidades medievales. Se mejoraba la edición crítica de fuentes, se modernizaba la teoría y la práctica arqueológica y se conectaba la disciplina con lo que se hacía en Europa. La palabra quedó cuasi-desterrada del vocabulario de los altomedievalistas.

Los historiadores de la Baja Edad Media, más interesados en la historia diplomática, política, militar, fiscal, nobiliaria y regia no estaban en posición de reivindicar activamente el término por sus resonancias franquistas. La modernización hermenéutica y temática también se produjo en esta área; no obstante, sintiéndose herederos de la obra de Sánchez Albornoz, siguieron empleándolo en su docencia e investigación sin entrar en sus connotaciones semánticas.

Igualmente hizo el hispanismo angloamericano de corte más empirista, siempre inclinado a subrayar las peculiaridades hispanas. La voz quedaba avalada por un

21.- Miguel Ángel Giménez Martínez, «El corpus ideológico del franquismo», p. 17.

22.- Alejandro García Sanjuán, «Rejecting al-Ándalus, exalting the Reconquista: historical memory in contemporary Spain», *Journal of Medieval Iberian Studies* 10-1 (2018), pp. 127-145.

lánguido, pero generalizado, uso como un término tradicional, reconocido y que se reformulaba y modernizaba con lenguajes actuales. La Reconquista quedaba como la palabra que definía un proceso específico peninsular de expansión hacia el sur de los reinos cristianos del norte durante la Edad Media y/o como una ideología monástica y regalista legitimadora de gran parte de la actividad bélica medieval peninsular.

En verdad, se había perdido la ocasión de entablar un debate constructivo y científico entre los distintos sectores historiográficos en torno tanto a las connotaciones político-ideológicas del término y al uso que debía hacer de dicha categoría historiográfica un medievalismo de finales de siglo. El alineamiento tácito de los investigadores a favor o en contra del empleo del término, sin un diálogo intelectual abierto, maduro y distante de autorreflexión de los académicos sobre el pasado y presente de su propia disciplina muestra que el medievalismo de la transición no estuvo preparado para ello.

El término Reconquista, en retroceso en el mundo académico, siguió latente en la cultura general, en el contexto de la Transición ante la indiferencia de una ciudadanía inmersa en un ambiente ideológico y cultural de modernización e integración en Europa que, hasta finales del siglo XX, dejaba poco espacio para discursos nacionalistas basados en guerras de colonización y conquista y en políticas excluyentes de las minorías religiosas, que recordaban en exceso a la dictadura^[23]. Sin embargo, al no haberse analizado el relato que envolvía al término Reconquista, este no fue sustituido en el imaginario colectivo por una narrativa alternativa.

Por eso, no es extraño que haya sobrevivido en las representaciones colectivas a

23.- Una profundización en el caso de la resemantización de la Leyenda Negra puede verse en este mismo volumen en el artículo de Pablo Sánchez León.

través de contenidos culturales y audiovisuales, la literatura, los medios de comunicación y la enseñanza. Bien al contrario, el término ha recuperado terreno en el lenguaje político tras acontecimientos internacionales como los atentados del 11S en EEUU y el 11M en Madrid y la ofensiva ideológica de los discursos globales de la denominada guerra contra el Terror desde el año 2001. En el panorama nacional, el problema constitucional catalán, el ascenso imparable del feminismo y la aparición de un movimiento como el 15M y Podemos han provocado la reacción de grupos de extrema derecha que, desde el año 2015, han lanzado el discurso de la Reconquista y el imaginario bélico anti-islámico medieval^[24].

En paralelo, en el plano académico, desde el año 2001, congresos, seminarios y obras patrocinadas por la historiografía más tradicional fueron animando la reivindicación de la palabra de la mano de quienes veían innecesario, absurdo e injusto dejar de emplear un término útil, sencillo, preciso y consagrado por un uso de siglos, cuando la objeción al mismo era meramente ideológica. Para estos historiadores, el término sigue siendo válido y su único inconveniente es que se ha empleado por

24.- Una ampliación de la relación entre el concepto de Reconquista y la extrema derecha emergente puede verse en este mismo volumen en el artículo de Gustavo Alares López y Eduardo Acerete de la Corte. También en Mateo Ballester Rodríguez, «Vox y el uso de la historia: el relato del pasado remoto de España como instrumento político», *Política y Sociedad*, 58-2 (2021), <https://doi.org/10.5209/poso.69692>. Según este autor, el mecanismo legitimador es sencillo pues se trata de recuperar «lo que es nuestro», poner en marcha un programa político nacionalista y racista fundamentado en los principios de devolver la gloria y el prestigio de la nación, identificar a los inmigrantes como los enemigos que destruyen España, volver a las esencias nacionales y situar al país en el lugar que merece. En este sentido, son interesantes las líneas de contacto de toda la extrema derecha europea, como demuestra el nombre de *Reconquête* de la opción política de É. Zemmour en las elecciones legislativas francesas del año 2022.

corrientes y movimientos políticos como el nacionalcatolicismo, el franquismo y los partidos políticos conservadores^[25].

Desde el año 2010, la invitación a emplear el término Reconquista sin complejos expresa con claridad la nueva forma de ver el tema por algunos sectores de la historiografía medieval que consideran este un debate superado, fruto del desconocimiento de los ciudadanos y los intereses de los partidos políticos. Para estos, el hecho de que el término no caiga en desuso avala su idoneidad y consideran que el remedio a tanta confusión es emplear el término con la «propiedad que lo hacen los historiadores»^[26].

Como se puede ver, el término sigue esperando ser debatido por un medievalismo que esté dispuesto a aprovechar la oportunidad para emplear y difundir las aportaciones de la ciencia histórica y para abrir el diálogo con una sociedad también productora de significados históricos y necesitada de mayores competencias críticas ante las realidades que viven.

El uso, ¿concede validez a un término?

Resulta significativo que la historiografía medieval no fuera capaz de debatir sobre el término Reconquista en el sentido expuesto en el último cuarto del siglo XX. Sin duda, no era fácil. El origen y desarrollo de la voz y su relación con las categorías de nación y de iglesia que se han mencionado más arriba muestran la conexión directa

que tiene con las representaciones colectivas de España que compiten en la arena intelectual.

Estas representaciones también se emplean por muy diversos actores sociales, políticos y culturales, desde la prensa a los partidos políticos y movimientos ciudadanos, que son también generadores de contenidos sobre el pasado con sus propias agendas, aunque carezcan del utillaje específico de los historiadores. Precisamente por ello, es insuficiente que desde las instancias expertas se conteste a los interrogantes que tienen sectores de la sociedad minimizando el hecho de que la palabra Reconquista tiene connotaciones políticas, ideológicas y religiosas y se argumente que es una palabra que se puede emplear de forma correcta como hace la historiografía medieval reciente, y que su validez está avalada por su dilatado empleo en el tiempo.

Con respecto al argumento del correcto empleo del término, en las dos últimas décadas, medievalistas que han defendido la continuidad en el uso de la palabra Reconquista se han comprometido en clarificar su significado, distinguir entre su inexistencia como descriptor de un proceso social de ocho siglos y su naturaleza como discurso político-religioso y enmarca el fenómeno hispano en el proceso de expansión territorial de todo el occidente medieval y en la articulación de los discursos de guerra justa y guerra santa^[27].

Estos investigadores han renunciado al uso nacionalista y religioso del término para intentar convertirlo en una categoría historiográfica. Debido a toda la investigación histórica realizada, parten de la idea

25.- Manuel González Jiménez, «¿Re-conquista? Un estudio de la cuestión», en Eloy Benito Ruano (ed.), *Tópicos y realidades de la Edad Media*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, pp. 155-178. Y Eloy Benito Ruano, «La Reconquista. Una categoría histórica e historiográfica», *Medievalismo*, 12 (2002), pp. 91-98.

26.- Carlos de Ayala Martínez, «¿Reconquista o reconquistas? La legitimación de la guerra santa peninsular», *Revista del CEHGR*, 32 (2020), pp. 3-20, cita en pp. 6-7.

27.- Francisco García Fitz, «Crítica e hipercrítica en torno al concepto de Reconquista», en Carlos de Ayala Martínez, Isabel Cristina Ferreira Fernández y Santiago Palacios Ontalva (coords.), *La Reconquista. Ideología y justificación de la guerra santa peninsular*, Madrid, Ediciones La Ergástula, 2019, pp.79-98. Véase p. 91.

de que las objeciones a la palabra son ideológicas e irrelevantes, en tanto no tienen que ver con la discusión científica, y que no es tarea del historiador entrar en polémicas con el público, los políticos o periodistas. El objetivo del historiador es hacer buena divulgación con el fin de que el término se alinee con el uso preciso y desapasionado que hacen de él los historiadores^[28].

Si bien el planteamiento es legítimo, permite entender los límites actuales del debate por tres razones. En primer lugar, el argumento manifiesta que algunos medievalistas todavía piensan que ellos no se posicionan en el ejercicio cotidiano de su actividad investigadora. Estos historiadores conciben las prácticas en el interior de su disciplina como si sus integrantes conocieran y consensuaran el uso exacto y uniforme de los conceptos que emplean. Sin embargo, es sabido que teorías, interpretaciones, conceptos y palabras son fruto de los debates internos y externos en el interior de las disciplinas científicas.

En segundo lugar, estos planteamientos culpan de la ignorancia del público en general de la intoxicación y empleo del significado del vocablo por connotaciones político-ideológicas ajenas. No obstante, los historiadores son quienes han narrado la historia de España desde el siglo XIX y han elegido sus palabras, tanto en los libros de divulgación, como en las monografías universitarias y revistas científicas, avalando determinadas categorías historiográficas. La descriptiva del pasado medieval como una sucesión de batallas cristianas para arrancar el territorio peninsular de las manos islámicas y construir la monarquía católica es una narrativa sostenida por muchos medievalistas, que, como cualquier otro ciudadano, también puede usar y abusar de la

historia^[29]. En tercer lugar, la idea revela que algunos historiadores confían y pretenden, con una dosis mixta de inocencia y arrogancia, que los expertos pueden definir y corregir las palabras en su uso coloquial.

Con respecto al argumento sobre la larga tradición que avala al término, sectores del medievalismo remiten al empleo de la palabra Reconquista por intelectuales desde el siglo XVIII, por los fundadores del medievalismo, Sánchez Albornoz o Menéndez Pidal, y por una larga lista de autores, tanto españoles como extranjeros, de distinto perfil ideológico e historiográfico —incluso por aquellos que eran críticos con el término—. Para estos, seguir empleando el término tiene la ventaja de singularizar el caso de la península ibérica e impedir que se confunda con otras instancias de conquista contemporánea que tuvieron lugar en Europa, pues comporta un tipo de discurso específico que subraya el hecho de la recuperación de un territorio perdido que no invocan otros movimientos de expansión contemporáneos. Todos estos elementos, concluyen, explican que autores, editoriales, docentes e investigadores prefieran seguir empleándolo^[30].

Ciertamente, la palabra ha sido muy utilizada por intelectuales e historiadores ca-

28.- Carlos de Ayala Martínez, «¿Reconquista o reconquistas?», pp. 6-7.

29.- Es sabido que la afiliación al gremio de historiadores profesionales no garantiza «la calidad de las percepciones o las investigaciones de cualquier académico». Véase Kenneth Baxter Wolf, «La conquista islámica». Asimismo, que los historiadores, hispanistas y filólogos son partícipes de la construcción de mitos e interpretaciones políticas lo demuestra el hecho de que Francisco Javier Simonet, Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Menéndez Pidal, Luis Suárez Fernández, Derec W. Lomax o Richard Fletcher, entre otros muchos, hayan pensado en las formaciones islámicas como ajenas a la cultura española y la Reconquista como una empresa nacional. Una indagación en torno al posicionamiento ideológico incluso de la percibida como objetiva rama de la lexicografía puede verse en este mismo volumen en el artículo de Ana Isabel Carrasco Manchado.

30.- Francisco García Fitz, *La Reconquista*, pp. 11 y 30-32.

nónicos del medievalismo en los últimos doscientos años y es la primera imagen que tiene el público general cuando se piensa en la Edad Media hispánica. No obstante, que un término sea muy empleado no supone que sea válido como categoría historiográfica analítica, sino que es un término aceptado por una sociedad. Es esta aceptación, este sentirse cómodos con una palabra, lo que habría que explicar, y hay que hacerlo dando cuenta de lo que han defendido los grupos culturales dominantes en España, no los sectores populares.

En el ámbito político se encuentra una primera explicación de esto, pues como se ha indicado, la palabra y la noción de Reconquista responden a los ideales del pensamiento católico del período post-tridentino, a los de la burguesía conservadora del siglo XIX, a los del nacionalcatolicismo de la dictadura franquista y a los de la derecha y extrema derecha actuales. La asociación entre un estado, una religión y una raza está en la base de la construcción de los estados modernos y las guerras de religión del siglo XVI. En el caso de la península ibérica, nos retrotrae a la ideología de ciertos sectores del estamento eclesiástico que ganaron la batalla del discurso político, a finales del siglo XV, para promocionar a los Reyes Católicos en un escenario internacional que competía por el privilegio de ser los protectores y protegidos del Pontificado. Las élites conservadoras y eclesiásticas posteriores han resucitado la retórica sobre la esencia de «lo español», siempre que ha sido necesario difundir discursos identitarios excluyentes. No extraña, pues, que desde aquí no se haya deconstruido el término Reconquista^[31].

Una segunda explicación se encuentra en el ámbito docente. Como hemos visto, la

31.- Alejandro García Sanjuán, «Weaponizing Historical Knowledge: The notion of Reconquista in Spanish Nationalism», *Imago Temporis. Medium Aevum*, 14 (2020), pp.133-163.

dictadura difundió profusamente su doctrina política y religiosa en forma de programas de Historia en todos los niveles educativos, desde las escuelas a las universidades, con el apoyo de la Iglesia que ha sido, y es, una institución con gran peso en el sistema educativo. La enseñanza de la Historia Medieval no es fácil, y menos en secundaria, pues su lógica no se puede articular en torno a categorías históricas como la de estado o sistema de estados, que nos son familiares para parametrizar la realidad. El paradigma reconquistador simplifica, ordena y aclara la impartición de unos procesos históricos complejos que apuntan a caminos y encrucijadas históricos divergentes y explica de forma lineal la constitución de los reinos y estados. La categoría crea un eje vertebrador y generador de sentido para un período lejano, confuso y difícil de sintetizar para el profesorado de Secundaria y de transponer para unos alumnos menores de catorce años.

Esta capacidad del término de dotar de sentido la realidad explica que, en la universidad, todavía el hilo del proceso de expansión territorial de la Reconquista siga teniendo presencia en la narrativa de la Edad Media peninsular. Su uso permite presentar ocho siglos de expansión y articulación política de reinos variados y cambiantes y de formaciones cristianas y musulmanas —con comunidades judías incrustadas en su interior— sin tener que encontrar otras matrices explicativas para dar sentido a las dinámicas y lógicas de los muchos actores que protagonizaron el período.

Hay una tercera explicación al fenómeno del éxito de la palabra y es que el medievalismo español no tiene una larga tradición de indagación y reflexión crítica sobre las categorías de análisis que maneja. Sin duda, los cambios historiográficos del siglo XX y la influencia transdisciplinar hicieron bastante fértiles los debates desde la Transición. Amplios sectores del medievalismo

español estuvieron bien atentos a los planteamientos de sus homólogos europeos y de otros científicos sociales, incorporando los cambios historiográficos a su quehacer como historiadores y liderando la innovación investigadora en dichos campos. Otros sectores de la disciplina, sin embargo, han considerado superfluos e infructuosos estos enfoques y han reducido el debate teórico-interpretativo y político a términos empíricos. Esta falta de tradición se complementa con el aspecto antes mencionado de escaso diálogo entre corrientes historiográficas^[32].

Puede ser que haya llegado el momento en el que los medievalistas sean capaces de mostrar los enormes avances investigadores que se han hecho, los recursos analíticos y las herramientas intelectuales de que disponen los historiadores, a los ciudadanos que quieren entender cómo operan los conceptos y las narrativas históricas en el interior de la disciplina. De su mano, quizá se consiga también liberar el debate de la Reconquista de las asfixiantes ataduras que lo siguen circunscribiendo al marco ideológico-político.

¿Una categoría historiográfica?

La idea de recuperar un territorio perdido a manos de los enemigos nació como discurso religioso-político de legitimación de la expansión guerrera en los centros productores de ideología altomedievales: los monasterios y las curias regias del norte peninsular. Igualmente, la palabra Reconquista surgió del ámbito político. Sin embargo, el hecho de que un término tenga un perfil más propio del lenguaje coloquial que del científico, no descalifica a los conceptos en Ciencias Sociales.

32.- Alejandro García Sanjuán, «La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el medievo peninsular en la historiografía española actual», *Historiografías, revista de historia y teoría*, 12 (2016), pp. 132-153.

Como es sabido, los conceptos históricos están más cerca del lenguaje cotidiano que los de las Ciencias Naturales. Muchos de ellos responden a varias definiciones que cambian en el tiempo e incorporan elementos emocionales, morales e identitarios, por lo que la demarcación entre el sentido común y el uso historiográfico se hace difusa. A esto se añade que su capacidad para establecer un vínculo estrecho entre la sociedad presente y la pasada hace que su uso exija un cuidado y pulcritud especiales y que el investigador deba incorporarlos en su narrativa histórica siendo consciente de esto^[33].

El término Reconquista tiene otro problema añadido y es que tradicionalmente designa dos realidades que, teóricamente, deberían mantenerse separadas: un discurso político-religioso legitimador del poder y un proceso histórico de muy largo recorrido de expansión territorial^[34]. Como consecuencia, la palabra ha creado una confusión entre discursos y procesos en investigadores y docentes, que se magnifica en la ciudadanía y que favorece fáciles manipulaciones políticas del pasado hispano.

En primer lugar, como discurso político-religioso, la expresión refleja, por un lado, una noción providencialista de la historia, que es genuinamente medieval, y, por otro, una concepción teleológica, propia de parte de la historiografía especializada, que consideró que la toma de Granada en el siglo XV era el colofón de la intención originaria de la corte asturiano-leonesa, ochocientos años antes: restaurar el dominio cristiano en la península ibérica.

33.- María Rodríguez-Moneo y César López, «Concept Acquisition and Conceptual Change in History», en Mario Carretero, Stefan Berger y Maria Grever (eds.), *Palgrave Handbook of Research in Historical Culture and Education*, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 469-490.

34.- Martín F. Ríos Saloma, *La Reconquista: una construcción historiográfica*, p. 331.

No se pone en duda que la creatividad intelectual de los cronistas de la *Crónica Profética* y del ciclo de crónicas de Alfonso III supone que la idea de la pérdida de España y sus adláteres quedaran como cantera de argumentos para ser rehabilitados y combinados en otras circunstancias, pero es inevitable no hacerse algunas preguntas: ¿cómo un discurso elaborado en el siglo IX pudo tener validez para explicar las formas de legitimación de ochocientos años más tarde?, ¿cómo pudo guiar el curso de los hechos de formaciones históricas diversas?; es más, si la intención de los actores no explica la consecución de sus objetivos, ¿cómo se puede sostener que la idea de Reconquista conforma un proceso de Reconquista, ni siquiera un proceso de conquista, de forma automática?

El argumento no pretende negar la influencia de los discursos y las representaciones sociales sobre los procesos históricos. Bien al contrario, pues no sólo las creencias de los sujetos históricos son hechos históricos, sino que para comprender las intenciones y actos de sujetos y colectivos son menos relevantes las condiciones objetivas de su entorno que la percepción y la vivencia, socialmente compartida, de las mismas. Sin embargo, cuando se trabaja con discursos dominantes es necesario hacer operaciones de mediación entre ellos y el proceso social, ya que la propia naturaleza de los primeros está dirigida a la ocultación de los diversos intereses, estrategias y facciones que luchan por el poder y a difuminar la realidad de quienes se organizan y viven en sus márgenes^[35]. Si estos discursos tienen como fin persuadir a otros sectores sociales de que sus intereses están bien representados por el discurso hegemónico, es imprescindible fil-

trar con rigor estos artefactos ideológicos, identificando objetivos, ideas y contextos de producción para que no impidan la interpretación histórica.

La consideración esencialista de los discursos los presenta como productos creados en una época en la que quedan cosificados, cerrados, definidos. A partir de entonces, aparecen y desaparecen mecánicamente e idénticos en diferentes períodos. La mayoría de historiadores estaría de acuerdo en que autores, textos y palabras se relegan en un período y se recuperan en otro, pues componen discursos de nuevo cuño que sirven en cada momento a problemas, intenciones, contextos y objetivos distintos.

Los elementos que forman la idea de Reconquista los conocemos en unas fuentes discontinuas, que aparecieron en escenarios históricos diversos, y muchas de las cuales fueron editadas en los siglos XVII y XVIII. En cada contexto, el discurso tuvo necesariamente una combinación de elementos, función y significados específicos, pero si esto es así, quiere decir que el discurso de la Reconquista no se creó en el siglo IX como un compendio acabado y volvió a aparecer idéntico en el siglo XI, XIII, XV, XIX, XX y XXI —la cadena se ha construido deliberadamente hasta la actualidad para que se haga evidente el argumento—.

Lo que quiere decir es que el discurso legitimador no se resucitó, sino que se construyó en el proceso de innovación de la tradición, pues adquirió distintos matices. En el siglo XV, los Reyes Católicos reutilizaron un relato que les permitía presentarse como los representantes de Dios en la reconquista de una tierra arrebatada hacía siglos por los musulmanes porque, mirando hacia atrás, se pudieron presentar como el punto culminante de un largo proceso. Desde esta atalaya cronológica,

35.- Antonio Gramsci, *Pasado y presente. Cuadernos de la cárcel*, Barcelona, Gedisa, 2018.

resemantizaron y redefinieron el origen de un recorrido histórico que, con dicha perspectiva, se convertía en realidad^[36].

Cuando se parte conscientemente de estas tres premisas —que hay discontinuidad entre las fuentes, que la relación entre discurso dominante y procesos históricos es conflictiva y que es necesario historizar los discursos en cada momento—, se observa que el ciclo de crónicas del 880 tiene poco que ver con el uso que el arzobispo Gelmírez quiso hacer con sus arengas conquistadoras frente al islam, en la crónica conocida como Pseudo-Turpin, a inicios del XII, cuando lo que está es rivalizando por la preeminencia de Santiago sobre la sede primada de Toledo. El mismo discurso no tiene mucho que ver con las pretensiones del rey Fernando el Católico animando al papa a considerarle líder de la cristiandad en Occidente, en rivalidad en Italia con Francia y en la política interior como cabeza indiscutible del poder religioso y político.

Es más, las dos redacciones de la *Crónica de Alfonso III*, que fueron escritas ambas en el siglo IX, no emplean un mismo discurso legitimador de la monarquía asturiana. La versión rotense es crítica con la iglesia y los reyes visigodos a los que considera culpables de la llegada del islam y considera que el nuevo reino e iglesia asturiana no son sus herederos. Por el contrario, la ovetense hace descender a los reyes asturianos de la dinastía visigoda y cifra su destino en la guerra para la restauración del reino de Toledo^[37].

36.- Esta realidad se expresa en el impulso a la figura de Pelayo en la cronística de los Reyes Católicos para legitimar la guerra de Granada, en la *Crónica Sarracina* del siglo XV o en la *Crónica de las órdenes de Rades* del siglo XVI. Sobre la profunda labor ideológica llevada a cabo por los Reyes Católicos en su reinado, Ana Isabel Carrasco Manchado, *Isabel I, la sombra de la ilegitimidad*, Sílex, Madrid, 2011.

37.- Alexander P. Bronisch, «Guerra santa y neogoticismo en la Crónica de Alfonso III: ¿dos facetas de un mismo

En segundo lugar, como categoría historiográfica que pretende describir y analizar un proceso histórico, es en el que la demolición de la palabra Reconquista ha sido rotunda. La palabra es una simplificación, parcial y enmascara otras facetas de aquel pasado, pues inclina a pensar que, desde Covadonga a los Reyes Católicos, el ideario de guerra frente al islam fue permanente, dominante y definió dos formaciones económico-sociales en torno a criterios religiosos, que compartía todo el espectro social. Dejando de lado el hecho de que nuestras fuentes son dispersas, que la difusión de la cultura escrita era limitada y que estos discursos se produjeron en centros muy concretos de poder, los medievalistas han puesto de manifiesto que en el mundo feudal concurrían muchos otros vínculos sociales como el del parentesco, el de vecindad, el de dependencia, el de fidelidad, el estamental o el de género.

Por todo esto, en la esfera de lo político, la palabra Reconquista simplifica la realidad de profunda fragmentación política de la península ibérica, a la idea teleológica de que se dio un proceso de formación y convergencia de los reinos cristianos hasta llegar a formar España. En la esfera de lo económico, el término relega las actividades no relacionadas con la economía del botín, las parias y la frontera. En el ámbito social, sacrifica los procesos de paz, de transferencia de prácticas y costumbres entre culturas, los fenómenos de dominación, explotación y jerarquización social y el papel de otros colectivos que no fueran varones

concepto?», en Carlos de Ayala Martínez, Isabel Cristina Ferreira Fernández y Santiago Palacios Ontalva (coords.), *La Reconquista. Ideología y justificación de la guerra santa peninsular*, Madrid, Ediciones La Ergástula, 2019, pp.53-77. Como consecuencia de estos matices, algunos de los historiadores defensores del empleo de la palabra proponen como alternativa hablar de reconquistas en plural. Véase Carlos de Ayala Martínez, «¿Reconquista o reconquistas?», pp. 3-20.

guerreros y eclesiásticos. En el ámbito cultural, se supedita la diversidad lingüística, de pensamiento y religiosa a la producción, las instituciones y la doctrina de la Iglesia.

Hasta en el nivel historiográfico, la idea de la Reconquista ha retrasado la investigación sobre otros temas y ha supuesto una divisoria disciplinar entre historiadores que estudiaban el mundo cristiano, y hebraístas y arabistas que analizaban textos producidos por las minorías desde el campo de la filología. La aplicación acrítica de esta palabra a ocho siglos de historia de la península ibérica produce un empobrecimiento de la rica realidad medieval peninsular y excluye de la misma a al-Ándalus, más de la mitad del territorio peninsular durante siglos, lo que afecta tanto al nivel experto como al docente, y a la visión de la ciudadanía de un lapso enorme de nuestro pasado^[58].

Estas objeciones se han hecho reconociendo que la guerra fue un elemento fundamental en el mundo feudal europeo, pues estamos ante una sociedad caracterizada por la existencia de un orden de guerreros especializados y en la que los niveles de coacción y violencia eran intensos, ya que la forma de extracción de renta de la clase dominante se realizaba por mecanismos extraeconómicos, es decir, político-militares. La sociedad peninsular vivió con una frontera al sur con comunidades islámicas que definió muchas de sus dinámicas. Pero es evidente que hay que poner en cuestión la capacidad interpretativa de un paradigma simplificador sobre la totalidad de una época.

38.- Alejandro García Sanjuan califica la Reconquista de «mito fundacional» y «bomba historiográfica de una alta toxicidad» en «¿Cómo desactivar una bomba historiográfica?: la pervivencia actual del paradigma de la Reconquista», en Carlos de Ayala Martínez, Isabel Cristina Ferreira Fernandez y Santiago Palacios Ontalva (Coords.), *La Reconquista. Ideología y justificación de la Guerra Santa peninsular*, La Ergastula, 2019, pp. 99-119.

Así, por ejemplo: ¿explica la Reconquista la organización del regadío en el emirato?, ¿y los conflictos de los concejos del Camino de Santiago por librarse del poder jurisdiccional de los monasterios benedictinos?, ¿y el cambio en la naturaleza de la renta en trabajo por renta en dinero desde el siglo XII?, ¿el empleo de oficiales judíos y cuerpos cristianos en la administración islámica?, ¿las tensiones por los diezmos parroquiales entre obispados y monasterios?, ¿la lucha entre pecheros y oligarquías urbanas?, ¿la abolición del rito mozárabe?, ¿las alianzas matrimoniales entre gobernantes cristianos y musulmanes?, ¿las traiciones entre los miembros de la familia regia y las conspiraciones de la nobleza?, ¿la tensión entre la población andalusí y los almorávides y almohades?, ¿las denuncias de los pecheros por la corrupción de oficiales y tribunales de justicia?, ¿los pactos nobiliarios con reyes de diversos reinos?, ¿la instauración de la primogenitura y el mayorazgo?, ¿los movimientos heréticos?, ¿el enfrentamiento entre diversas órdenes dentro de la Iglesia?, ¿los pobres rurales y urbanos?, ¿la administración de las mancebías en las ciudades?, ¿la discriminación y persecución de judeoconvertos? La lista es deliberadamente larga, porque son interminables los temas de la insondable realidad medieval, al margen de los aspectos que estarían conformados por la Reconquista.

El denominador común de todas las preguntas enumeradas es que se fijan en los elementos derivados de las tensiones y fisuras que se generan en toda sociedad desigual en torno al poder. Esto viene al paso de que la deslumbrante narrativa de la formación de las naciones no puede dar cuenta de los enormes territorios de penumbra que quedan en sus márgenes; es más, distorsiona aquellos sobre los que arroja luz. Incluso si se recalca sólo en ejemplos de la clase dominante, se observará que con el encua-

dre de la Reconquista quedan desfigurados personajes como el Cid o Alfonso VII, que hicieron pactos con gobernantes musulmanes y que tuvieron como principales enemigos a otros reyes o nobles cristianos; otros monarcas que apoyaron a los reinos de taifas frente a los cristianos; el obispo Gelmírez que robó las reliquias del obispado de Braga; el noble Pedro Fernández de Castro el Castellano, aliado a Castilla, a León y a los almohades según conviniera; Jaime I de Aragón que tuvo que apresurar la conquista de Ares para obligar al noble aragonés Blasco de Alagón a rendirle la recién conquistada Morella.

Queda oscurecida la lucha de los legados pontificios, que recurrieron incluso a la excomunión, para que los reyes hispánicos no confrontaran entre sí o no se atacara un reino cuando su rey estaba ausente en campañas contra el islam. Resulta difícil explicar la similar apariencia de las poblaciones cristianas, musulmanas y judías, que tanto extrañaba a los viajeros llegados del norte de los Pirineos. Y, desde luego, quedan completamente ensombrecidas las expectativas, frustraciones, alegrías y preocupaciones del resto de la población. Las designadas como grandes empresas colectivas suelen remitir a valores y emociones majestuosas que hagan más llevadera la violencia, miseria y opresión que crean. Por eso, corrientes historiográficas desde el pasado siglo como la microhistoria, la historia oral, la de las mujeres o la de la subalternidad han desarrollado herramientas para poder acercar la lente a estas realidades, como solo consigue hacer la memoria y la literatura.

Un ejemplo es el uso burdo, pero eficaz, que hizo la dictadura franquista de la idea, símbolos e iconografías de la Cruzada, para justificar el sacrificio de vidas en la guerra y la postguerra. Tras el brillo de las palabras y las conmemoraciones, se encubrían

otras realidades como la emigración rural, la represión, las expropiaciones, la corrupción política y económica, las luchas y pactos entre las facciones dirigentes, el expolio de bienes públicos, el miedo, el hambre y la imposición de una única religión.

Si los ciudadanos tienen que aprender de la investigación y herramientas de los historiadores, los científicos sociales cuando trabajan con los grandes relatos del poder tienen que revelar a sus lectores que están empleando la lente grande y concluir en consecuencia. Si dentro de ocho siglos se optara por explicar los últimos doscientos años de historia desde las revoluciones liberales, como la lucha de Occidente por defender los derechos humanos en el mundo, posiblemente se habría identificado uno de los discursos políticos legitimadores más pujante en este tiempo. En el nivel macro, de su mano se ha justificado el esclavismo, el colonialismo, intervenciones militares, bloqueos económicos o la aceptación o rechazo de una nación en organismos internacionales. En el nivel micro, explica también el desempeño de ONGs, la actividad de muchos ciudadanos comprometidos con esa causa, la movilización social y estallidos de conflictividad.

Sin embargo, con este enfoque se estaría deformando la realidad que conforma la arena internacional y los muchos otros aspectos de la actualidad como: los problemas de las democracias representativas, los desequilibrios socioeconómicos derivados de la globalización, el peligro nuclear, la discriminación por género o raza o la crisis medioambiental. Si a la vuelta de ocho siglos, se hubiera conseguido un planeta en el que los derechos humanos son respetados e informan las políticas de las naciones, la interpretación del pasado de dichos siglos estaría, si cabe, más deformada bajo el peso de esa realidad posterior. Valga la compa-

ración para entender que el espejismo que produciría concebir ochocientos años como la defensa de los derechos humanos es el que produce aplicar, desde la atalaya de los estados nacionales, la idea de Reconquista a ocho siglos de realidad peninsular.

Los conceptos también tienen una historia y a la palabra Reconquista le pesan demasiado las coordenadas ideológicas asociadas a la agenda de los sectores sociales que la emplearon en cada período histórico y la construcción del pasado que se ha realizado bajo su paraguas. Pretender emplear el término Reconquista, como si nada de todo esto existiera, no ayuda a avanzar en lo que tiene de interesante el debate y la reflexión sobre el tema.

Entonces ¿qué enseñamos?: ¿hubo o no hubo Reconquista?

Las corrientes más institucionalistas, empiristas e historicistas de la ciencia han invertido mucha energía en presentar sus investigaciones como propias de un ámbito académico no ideologizado, que produce un relato objetivo sin interpretación, derivado directamente de las fuentes. Este argumento de autoridad se reproduce institucionalmente en las carreras y grados universitarios debido al formato genérico con el que se produce la enseñanza y el aprendizaje. El problema no es privativo de la Historia, pero en su caso, colabora especialmente en la formación de una cultura cívica en la que la mayoría de los lectores no adoptan una actitud crítica cuando se enfrenta a un enunciado, sea de historia o de cualquier otra naturaleza^[39].

En los años setenta, sólo los historiadores marxistas y postmarxistas reconocían las adscripciones teóricas, conceptuales,

ideológicas e historiográficas de sus investigaciones. Cincuenta años después, es difícil negar que todo relato histórico está posicionado y que las palabras están cargadas de connotaciones^[40]. Por eso, seguir defendiendo que el uso de la palabra Reconquista no conlleva ninguna servidumbre interpretativa o ideológica supone adscribirse inequívocamente a una tradición historiográfica nacionalista, institucionalista y confesional; algo perfectamente legítimo, siempre que así se reconozca o se aclare.

La enseñanza secundaria, al ser la educación obligatoria que recibe toda la población, establece la base de la cultura ciudadana de un país. El liberalismo burgués del siglo XIX encontró en el pasado una de las fuentes fundamentales de legitimación y construcción de identidades. El franquismo empleó ese mecanismo hasta la saciedad. Hoy en día, los gobiernos de todo signo son conscientes de que los contenidos y objetivos de los currículos de Historia son una herramienta para influir sobre el imaginario social del pasado y el presente. En España, el debate sigue estando en los contenidos de los programas de enseñanza o en cómo acomodar una narrativa del pasado con unos denominadores comunes que sean capaces de conciliar las diversas sensibilidades políticas de la España democrática del siglo XXI. Sin embargo, lo preocupante es que no se trascienda el tema y se debata sobre cómo construimos el conocimiento del pasado, qué enseñamos y para qué.

Mientras tanto, la población sigue adoleciendo de una pobre educación histórica, derivada de rutinas de memorización de contenidos, sin atención al desarrollo de las habilidades propias de la indagación his-

39.- Carolyn P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

40.- Entre tantos otros trabajos, puede verse el texto seminal del historiador Hayden White, «The Historical Text as Literary Artifact»; en su libro *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 81-100.



El triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas de Tolosa, de Marceliano Santa María, 1892. (Fuente: Museo del Prado).

tórica. Los libros de texto, la herramienta didáctica más empleada en las aulas, mantienen un relato del pasado cerrado, descriptivo, enciclopédico, funcional y lineal^[41]. Algún autor ha calificado de «nacionalismo banal» la perspectiva ontológica de la nación que caracteriza a estos manuales de secundaria. Los hitos que lo expresan son: la romanización de Hispania como ejemplo de desarrollo y unificación política, el reino visigodo como unidad embrionaria cristiana y la Reconquista como largo proceso hacia la realidad nacional, con su logro definitivo en el reinado de los Reyes Católicos y su esplendor y declive con la dinastía

41.- Pedro Miralles Martínez y Cosme J. Gómez Carrasco, «Enseñanza de la Historia, Análisis de libros de texto y construcción de identidades colectivas», *Historia y Memoria de la Educación*, 7 (2017), pp. 9-28.

Habsburgo^[42].

Los libros de texto no recogen los debates sobre la palabra Reconquista o sobre la Repoblación; no presentan al-Ándalus en paridad con los reinos cristianos; no plantean las consecuencias de la expansión cristiana sobre las poblaciones musulmanas locales en términos de explotación, exilio o dominación; tampoco sitúan el caso de la península ibérica en el contexto del continente europeo^[43]. Los avances en la investigación

42.- Jorge Saiz Serrano, «Pervivencias escolares de la narrativa nacional española: Reconquista, Reyes Católicos e Imperio en libros de texto de Historia y en relatos de estudiantes», *Historia y Memoria de la Educación*, 6 (2017), pp. 165-201.

43.- Jorge Saiz Serrano, «La Península Ibérica medieval y las identidades en los actuales libros de texto de historia de 2.º de ESO», *Íber: Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 70 (2012), 67-77, especialmente pp. 72-73.

no se reflejan en el currículo de la asignatura de Geografía e Historia de 2º de ESO, que es cuando se aborda la Edad Media, mientras el dilema de enseñar este período se deja caer en las espaldas de docentes que no disponen de formación y materiales didácticos que les ayuden a cuestionar las representaciones mayoritarias y, por tanto, emplean el término Reconquista de forma rutinaria^[44].

La lenta, pero constante, renovación de la didáctica de las Ciencias Sociales y la enseñanza por competencias puede darle otra oportunidad al debate de la Reconquista. La innovación docente está impactando en el objetivo de que la Historia deje de ser un relato único, sesgado y oficial, una materia enciclopédica y fáctica y una colección de hechos, nombres y datos dictados a los adolescentes. Con la intención de motivar a estos estudiantes y mostrar la relevancia del estudio del pasado, se está revisando el predominio de la historia política en los temarios, los enfoques etnocéntricos, la presencia de las mujeres en los relatos y se promueve el aprendizaje activo.

En la última década se pretende hacer de la Historia una asignatura que enseñe a investigar sobre el pasado, a detectar paradojas e incoherencias espacio-temporales, a confrontar las opiniones de los expertos, a contrastar relatos de un mismo hecho, a formular preguntas históricas, a cuestionar conceptos y profundizar e identificar asunciones y naturalizaciones inconscientes para detectar pensamiento anacrónico^[45].

44.- Jorge Saiz Serrano y Ramón López-Facal, «Aprender y argumentar España. La visión de la identidad española entre el alumnado al finalizar el bachillerato», *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*, 26 (2012), pp. 95-120.

45.- María Rodríguez-Moneo y César López, «Concept Acquisition», pp. 469-490. Y Jorge Saiz Serrano y Carlos Fuster García, «Memorizar historia sin aprender pensamiento histórico: las PAU de Historia de España», *Investigación en la Escuela*, 84 (2014), pp. 47-58.

La combinación de modelos de enseñanza basados en la adquisición de conocimientos históricos y en la enseñanza de competencias del historiador permitiría ofrecer una formación de mayor calidad y conseguir la generación y desarrollo de habilidades cognitivas y afectivas para que el alumnado pueda mejorar su sentido de lo histórico y haga del pasado y del presente, realidades cuestionables^[46].

El profesor que tiene que enseñar Historia Medieval de la península ibérica a adolescentes de secundaria, futuros ciudadanos, y que se apresura a plantearse cómo transponer el conocimiento que tenemos del período para adaptarlo a sus edades específicas, sigue debatiéndose en el paradigma de decirles a los estudiantes lo que tienen que pensar^[47]. Sea un enfoque desde la Reconquista cristiana o en torno a la conflictividad campesinos-señores, sea una historia que incorpore el género y la memoria histórica o un relato sobre al-Ándalus como parte de las formaciones político-sociales peninsulares, este planteamiento se nutre del enfoque de la clase magistral a audiencias que toman apuntes.

Romper con estas dinámicas obliga a plantear varios niveles de reflexión. El primero exige tener en cuenta que los estudiantes de todos los ciclos de enseñanza llegan a las aulas con representaciones del pasado y que deben ser guiados en un proceso de introspección para identificarlas, primero, y cuestionarlas, después^[48]. El

46.- César López, «Narrativas y Memoria Colectiva: Entender cómo Narramos para Entender cómo Recordamos», en Antonio Rivera y Eduardo Mateo (eds.), *Las narrativas del terrorismo. Cómo contamos, cómo transmitimos, cómo entendemos*, Madrid, La Catarata, 2020, pp. 30-43, especialmente p. 11-12. También Ramón López-Facal, «La LOMCE y la competencia histórica», *Ayer*, 94/2 (2014), pp. 273-285.

47.- Jorge Saiz Serrano, «¿Qué historia medieval enseñar y aprender en educación secundaria?», *Imago Temporis. Medium Aevum*, 4 (2010), pp. 597-607.

48.- Margarita Limón Luque, «El fin de la Historia en la

segundo es considerar que el objetivo de la enseñanza de las Ciencias Sociales en Secundaria es fomentar la educación cívica, lo que pasa por entender la ciencia histórica no como erudición, sino como una disciplina en construcción y con potencial educativo. Enseñar a los estudiantes a leer el periódico —o las redes sociales—, implica entender las intenciones de los emisores de mensajes y contrastarlos con las matrices de poder en la que pugnan sujetos y colectivos históricos, manejar fuentes históricas, artísticas y arqueológicas no intencionales y reconstruir la realidad de la que son huella. Es fundamental transmitir la dificultad y el cuidado con el que hay que proceder cuando trabajamos con sociedades lejanas en el tiempo y distintas a la nuestra que responden a lógicas diferentes y de las que sólo quedan pequeños fragmentos con los que hay que construir un insondable puzzle.

Si se aborda la enseñanza del pasado desde este lugar, el contenido de lo que enseñamos ha dejado de tener tanta relevancia, pues el objetivo es generar criterio en los estudiantes y ayudarles a construir un discurso crítico argumentado y razonado en un proceso que les compele a manejar y familiarizarse con acontecimientos del pasado. Una de las mejores maneras de conseguir esto es analizando las palabras que empleamos y para ello el término Reconquista nos ofrece un ejemplo inmejorable^[49].

En la universidad, la historia medieval de las sociedades peninsulares se puede tratar

con más profundidad, tanto para ahondar en conocimiento fáctico como en la adquisición de destrezas investigadoras. Sin embargo, es en este nivel donde el panorama se revela con toda su crudeza. Diversos estudios sobre las nociones que los estudiantes universitarios tienen sobre algunos conceptos como el de Reconquista, nación o territorio demuestran que el alumnado entiende estos términos de forma ahistórica, como entidades atemporales e inmutables y que maneja perspectivas esencialistas e identitarias en las que son frecuentes las referencias a España y a nosotros los españoles, a la hora de explicar procesos sociales prenacionales. Esto supone que los estudiantes no han comprendido un fenómeno tan central como la contingencia de las naciones contemporáneas^[50].

El conocimiento de las sociedades medievales no puede darse sin resolver este problema, que debería hacer sentir muy incómodos a los medievalistas. El camino para conseguirlo no es desterrar la palabra Reconquista sino, por el contrario, emplearla profusamente para desentrañarla. No se puede plantear aquí una propuesta didáctica, pero los muchos beneficios formativos que este ejercicio tiene para los estudiantes universitarios, futuros profesores de secundaria, son evidentes. Una primera enseñanza permitiría mostrarla como un término que describe un discurso ideológico con unas características muy concretas, que emanó de un tipo específico de poder en un momento determinado. Este es un ejercicio fundamental para aprender a detectar lo específico de cada época. De su mano, se pueden mostrar las fuentes y sus

enseñanza obligatoria», en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 87-113.

49.- Una propuesta completa de actividades y materiales didácticos en Andrea María Ordoñez Cuevas, «La Reconquista: conceptualización de un mito. Reflexiones y propuestas didácticas para un concepto en disputa», en Aurora Rivière y Andrea María Ordoñez Cuevas (coords.), *Cuestionar Conceptos (II). Reflexiones y materiales para el trabajo en el aula*, Madrid, ACCI, 2023, pp.107-211.

50.- Mario Carretero, César López, María Fernanda González y María Rodríguez-Moneo, «Students Historical Narratives and Concepts About the Nation», en Mario Carretero, Mikel Asensio y María Rodríguez Moneo (eds.), *History Education and the Construction of National Identities*, Information Age Publishing, 2021, pp. 153-170.

discontinuidades y los contextos en los que se fue conformando una lectura distinta de la idea. Desde aquí se puede entender que los conceptos y las palabras tienen historia y que ésta se ha ido formando en unas coordenadas ideológicas asociadas a la agenda de los grupos que las emplearon en cada período histórico y en lucha con otros conjuntos de palabras, discursos e ideas distintas, que pudieron tener salidas diferentes.

En tercer lugar, esto ayudaría a comprender que las distintas épocas y sujetos históricos revitalizan materiales y fragmentos de discursos engarzados en construcciones y contextos nuevos; por tanto, que los discursos se construyen innovadoramente en dicho proceso. En cuarto lugar, el trabajo crítico sobre este término permitiría mostrar las diversas posiciones historiográficas que existen sobre él, ilustrar que, como tantos otros, estamos ante una voz que ha sido, y es, objeto de un largo debate entre los historiadores y sobre la que no hay consenso. Desde aquí, se podría entrar en la interesante cuestión de la compleja relación entre narrativas, objetividad y neutralidad en la Historia y entender el concepto de que toda investigación está posicionada. Finalmente, el debate sobre la palabra destacaría la estrecha relación del pasado con narrativas políticas hegemónicas de épocas posteriores, con usos y abusos de la historia, con la construcción de memoria colectiva para alcanzar el problema de cómo se reflejan los debates académicos en los de la Historia pública e incluso el compromiso del experto en ellos.

Esta forma de abordar el tema de la Reconquista deja antiguo y pequeño el dilema sobre si se debe o no emplear la palabra. En realidad, el acento se ha trasladado al análisis de los conceptos, a la deconstrucción de los significados de las palabras para precisamente conferirles profundidad

histórica^[51]. Teniendo todo esto en cuenta, se puede observar que la pregunta del epígrafe ha perdido trascendencia. La cuestión no es si hablar en las clases o en los espacios públicos de Reconquista o no. Los ciudadanos y los estudiantes serán los que acabarán concluyendo sobre el tema, en el sano ejercicio de su derecho de aprender a pensar sobre el pasado con conocimiento de causa. El investigador tiene bastante con enseñar a reflexionar sobre las herramientas conceptuales, teóricas e interpretativas de las que disponemos para pensar el pasado. Sólo experimentando con este proceso de reflexión en las aulas, los historiadores podrán conseguir, en el largo plazo, tener un cierto impacto en la opinión pública desde la educación, que es una de las áreas fundamentales de conformación del imaginario colectivo ciudadano.

Sociedades democráticas y el debate de la Reconquista

Hablar de la Reconquista hoy sigue siendo relevante porque es hablar del presente y de las controversias políticas actuales, de una sociedad y de una cultura política y académica con muchas dificultades para debatir y construir consenso. Renovar las representaciones sociales de la Edad Media pasa por desactivar una tradición histórica, historiográfica y cívica, que se ha ido construyendo en España, y que ha sido bastante exitosa en invisibilizar o desterrar el pensamiento radical, heterodoxo y los movimientos de disidencia de nuestro pasado. Es una cultura que identifica lo español con una forma de ser, de pensar, de creer y de vivir y que excluye lo que no encaja en el canon. El uso de la Reconquista que hizo

51.- Aurora Rivière Gómez, «Repensar la enseñanza de la Historia», en Aurora Rivière Gómez (coord.), *Hacia una Historia renovada: reflexiones críticas y propuestas didácticas*, Madrid, ACCI, 2020, pp. 9-58.

la dictadura franquista para justificar la insurrección militar, el rastro de exterminio y represión de las décadas posteriores y la imposición de la ideología nacionalcatólica cimentaron un nacionalismo español excluyente sin ateos, masones, comunistas, republicanos, homosexuales, intelectuales, pacifistas y judíos, es decir, españoles que pasaron a ser, por definición, traidores y antiespañoles.

Por eso, es inquietante emplear las mismas palabras que usó el franquismo, y que actualmente resucitan los partidos de extrema derecha, para representar y dar sentido a la Edad Media sin hacer operaciones intelectuales de mediación y análisis de la relación entre discursos y realidades, ciencia y política al abordar los relatos de época. Sería impensable que los contemporaneístas emplearan la expresión hordas rojas al referirse a los republicanos de los años treinta o que una pregunta de investigación fuera si la propaganda franquista, que predicaba que estaban en una cruzada por liberar España, describe el proceso político-militar en el que estaban inmersos, ya que ellos argumentaban en esos términos.

Por lo mismo, es evidente que los medievalistas no pueden denominar infieles a los almorávides, villanos a los campesinos o pérfidos a los judíos, incluso si se apresuraran a aclarar en letras mayúsculas que no lo hacen teniendo en cuenta las connotaciones ideológicas, clasistas, racistas y despectivas de aquella época, sino que los emplean, de manera *emic*, porque eran términos que se usaban en el período. Ningún historiador lo haría, no porque sea políticamente incorrecto, sino porque el simple empleo de dichas palabras posiciona en un lugar. Es más, ciertas palabras no sólo posicionan, sino que condicionan el análisis y ponen en duda la credibilidad de los investigadores que deben mostrar una mínima intención de imparcialidad. Por eso,

los expertos no pueden prescindir de las connotaciones que una palabra tiene y que son fruto del empleo de dichas palabras por historiadores y público general en distintos momentos.

Si se desea identificar otros sujetos históricos, otros procesos y otros discursos ideológicos, la noción de Reconquista no es la mejor herramienta. No puede identificar niños, viejos, mujeres, enfermos, trovadores y herejes. Identifica hombres, caudillos, obispos, monjes y caballeros. No identifica transculturalidad, matrimonios mixtos, estrategias de poder, relaciones desiguales, disidentes, intercambios comerciales, aldeas campesinas, proscritos. Identifica batallas, castillos, arengas, paces, reyes, nobles y repartos de territorio. Como todas las palabras, ilumina unas realidades y protagonistas históricos y oscurece otros.

Emplear sin exégesis la palabra Reconquista favorece, aunque no haya intención de ello, el adoctrinamiento y no el pensamiento escudriñador y distante. Trabajar desde la idea del proceso reconquistador fomenta confundir un discurso legitimador producido por los universos mentales del clero y la monarquía con un proceso histórico. No permite entender la acumulación de anacronismos y errores que supone afirmar que España fue invadida por los árabes en el 711; o que España se liberó del yugo islámico por los reinos cristianos en ocho siglos de lucha. El problema de estas frases no es sólo precisar si esta descripción es rigurosa o errónea, ni siquiera si es histórica o hagiográfica, sino si, para el panorama de la investigación mundial, para la formación de la cultura histórica y política de la ciudadanía del siglo XXI y para el tensionado mundo global actual, contar así el pasado tiene algún interés y utilidad.

Una propuesta imprescindible para reenfocar el pasado medieval es abordar una desnacionalización de la Historia. El dis-

curso teleológico que legitima y explica el nacimiento y consolidación de las naciones sigue siendo dominante en la enseñanza del pasado y determina profundamente la mirada retrospectiva^[52]. Las narrativas nacionales seleccionan el pasado que prefieren recordar, fruto de un proceso intensamente político e ideológico que recupera ciertos aspectos y descarta otros^[53].

La renovación historiográfica lleva ya un siglo refutando estas perspectivas. La microhistoria, los Annales, la historia desde abajo, la de género y la oral han mostrado a los historiadores que es mucho más interesante problematizar el pasado, buscar paradojas, discontinuidades y rupturas. Walter Benjamin lo expresó de forma más radical al clamar por la necesidad de rescatar el «estado de excepción» en el que viven los oprimidos. De forma más reciente, se abren paso otras representaciones, identidades y memorias del pasado que pretenden poner la historia al servicio de la sociedad, con la intención de construir una nueva idea de ciudadanía de carácter cosmopolita y compatible con identidades plurales^[54].

La versatilidad de la realidad medieval puede responder perfectamente a estas propuestas, dados los variados agentes políticos y sociales que la protagonizaron, las múltiples instancias de resistencia, disidencia y contestación religiosa que se dieron, la fragmentación territorial de los

centros de poder, las formas variopintas de organizaciones, prácticas sociales y formas de celebrar y conmemorar que se registran, la originalidad de los discursos oficiales y sus peculiares adaptaciones locales y lo insospechado e imprevisto de las formas de intercambio y producción cultural.

Pero para encontrar esos otros hechos históricos, hay que enterrar unas conceptualizaciones y desenterrar otras. Es imprescindible despojarse de las banderas, los emblemas y los grandilocuentes discursos teleológicos de las naciones y de la Modernidad. Para Isaiah Berlin, la historia es el estudio de lo que han hecho y sufrido los seres humanos^[55]. Es posible que adoptar la mirada del sufrimiento permita incorporar a la Historia lo que dejó fuera el siglo XIX, porque todo acuerdo político entre determinados sectores produce damnificados, resistencias, contradicciones y conflictos abiertos.

Todo tema del pasado (colonialismo, género, guerras, comercio, regímenes políticos, instituciones, revoluciones) puede mirarse desde este lugar. Sin duda, también desde otro: el de las ideologías dominantes —que para algunas épocas es la única perspectiva posible, debido a la inexistencia de otras fuentes—. Este enfoque es extremadamente interesante, siempre que, como el otro, responda a un proceso de reflexión de las palabras y las asunciones que se manejan, entonces y ahora, y siempre que la mirada esté puesta en los goznes de las luchas por el poder.

Sólo enfrentando todas estas dimensiones complejas que tiene la palabra Reconquista, la pequeña historia del medievalismo puede escuchar y cruzarse con la gran historia de la Humanidad.

52.- Mario Carretero y José A. Castorina, *La construcción del conocimiento histórico*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

53.- Stuart J. Foster y Keith A. Crawford, «Introduction: The Critical Importance of History Textbook Research», en Stuart J. Foster y Keith A. Crawford (eds.), *What Shall We Tell the Children? International Perspectives on School History Textbooks*, Information Age Publishing, 2006, pp. 1-23.

54.- Keith C. Barton y Linda S. Levstik, *Teaching History for the Common Good*, Lawrence Erlbaum Associates, New Jersey, 2004. Y Cosme J. Gómez Carrasco, Jorge Ortuño Molina y Sebastián Molina Puche, «Aprender a pensar históricamente. Retos para la historia en el siglo XXI», *Tempo e Argumento*, 6/11 (2014), pp. 5-27.

55.- Isaiah Berlin, *El estudio adecuado de la humanidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 23.